

Stefan Zweig



# Balzac

*La novela de una vida*

Este libro monumental, publicado por primera vez en 1920, no es sólo la obra maestra de Stefan Zweig, la mejor demostración posible del fervor que sentía por el gran Honoré de Balzac, sino también una novela fascinante que descubre al lector no sólo el trabajo, la lucha, el esfuerzo y el desafío del genio, sino también sus debilidades. Tras esta fachada impoluta, sin embargo, se ocultan otros temas igualmente interesantes: el conflicto del escritor con su tiempo, su lucha por el reconocimiento y, en especial, su condición de bufón de una sociedad que nunca llegó a considerarlo un verdadero literato. Por todo ello, esta obra de Zweig debe considerarse también su obra maestra. Lo que debería haber sido la recreación de otro momento estelar de la humanidad, es decir, un retazo de la humanidad misma, se fue convirtiendo igualmente en una descripción vívida y sentida de la comedia humana, lo cual hace que su lectura invite a acercarse con más detenimiento a la obra de Balzac.

## LIBRO PRIMERO

### *Infancia y comienzos*

# 1

---

## *La tragedia de una infancia*

Un hombre dotado del genio de Balzac, que gracias a una fantasía exuberante consigue colocar al lado del cosmos terrestre otro cosmos completo de su entera creación, muy rara vez será capaz de atenerse con todo rigor a la verdad cruda y desnuda en no pocos episodios de su vida privada, carentes por demás de toda importancia. En él, todo se subordina al arbitrio de su voluntad soberana y transformadora. Esta autocrática metamorfosis de muchos episodios de su existencia terrenal se inicia ya de modo característico en el hecho fundacional —digamos inalterable— de una existencia burguesa: en su propio apellido. Un día, más o menos a los veintinueve años, Balzac revela al mundo que no se llama Honoré Balzac, sino Honoré de Balzac, y afirma que siempre tuvo pleno derecho a usar esta partícula indicativa de un título nobiliario. Así como su padre se jactaba de la más bien remota posibilidad de ser tal vez pariente lejano de un antiguo linaje galo, del caballero Balzac d'Entraigues, y lo hacía sólo en son de chanza y en el círculo más íntimo de la familia, la poderosa fantasía del hijo eleva provocativamente tal sospecha sin fundamento a la categoría de hecho incuestionable. Firma sus cartas y sus libros como «de» Balzac e incluso manda pintar el escudo de armas de los d'Entraigues en el carruaje en el que viajó a Viena. Ridiculizado por sus colegas menos afables a causa de este vanidoso afán de ostentación, res-

ponde en los periódicos con franqueza y atrevimiento, diciendo que ya mucho antes de su nacimiento su padre había comprobado en documentos oficiales su origen nobiliario y que, por consiguiente, el atributo de nobleza que figura en su partida de nacimiento no posee menos valor que el de Montaigne o el de Montesquieu.

Por desgracia, en este mundo hostil en que vivimos tienen los áridos documentos la execrable costumbre de ponerse en contra de las más exuberantes leyendas que inventan los poetas; es un desdoro para el amor a la verdad —que siempre profesó Balzac— el hecho de que se conserve en el archivo de la ciudad de Tours aquella partida de nacimiento que él menciona triunfalmente, sólo que junto a su apellido no figura ni rastro de esa aristocrática partícula. Con fecha de 21 de mayo de 1799, el escribano de Tours registra fría y simplemente:

Hoy, segundo día de pradiel del séptimo año de la República Francesa, se presenta ante mí, Pierre-Jacques Duvi-  
vier, oficial del registro civil, abajo firmante, el ciudadano Bernard-François Balzac, propietario, residente en esta localidad, con domicilio en la rue de l'Armée d'Italie, Section du Chardonnet núm. 25, con el fin de notificar el nacimiento de un hijo. El antedicho Balzac declara que la criatura tiene por nombre Honoré Balzac y ha nacido hoy a las once horas de la mañana, en casa del declarante.

Los restantes documentos de relevancia, como la es-  
quela de defunción del padre y la participación del casa-  
miento de su hermana mayor, tampoco dan fe del título no-  
biliario, el cual, por lo tanto, ha de ser tenido, junto con to-  
das las digresiones genealógicas a que se dio Balzac, como  
producto patente del deseo del gran narrador.

Aunque esos testimonios documentales hayan ganado  
el litigio en el sentido literal de la ley y estén con la razón  
contra Balzac, su voluntad —su voluntad fértil y ardiente—

se halla gloriosamente investida por la razón y se alza victoriosa frente a la fría veracidad de los legajos; a pesar de todas las rectificaciones ulteriores en nombre de la gélida verdad, la poesía triunfa sobre la historia. A pesar de que ningún rey francés haya otorgado jamás un título nobiliario en su nombre ni en el de sus antepasados, cuando a la posteridad se le pregunta por el más grande novelista francés de todos los tiempos, obedece a sus deseos y responde: Honoré de Balzac, y no Honoré Balzac, ni Honoré Balssa.

No en vano es Balssa, no Balzac y mucho menos «de» Balzac, el verdadero apellido de sus ancestros proletarios. No poseían castillos, no poseían escudo de armas que su descendiente, el escritor, pudiera hacer pintar en las portezuelas de su coche. No montaban a caballo pertrechados con armaduras relucientes, no tomaron parte en románticos torneos, sino que conducían a diario el ganado hasta el abrevadero, y con trabajos penosos barbechaban los campos de Languedoc. En una pobre casuca de piedra de la aldea La Nougayrié, cerca de Cannezac, nació el 22 de junio de 1746 el padre de Balzac, Bernard-François, siendo entonces uno de los muchos Balssa allí residentes. La única notoriedad que adquirió uno de estos Balssa es harto discutible; en 1819, año en que Honoré deja la universidad, prenden al hermano de su padre, de cincuenta y cuatro años, por recaer sobre él la sospecha de haber asesinado a una joven aldeana encinta, y lo guillotinan al año siguiente después de un proceso judicial asaz sensacionalista. Tal vez fuera precisamente el deseo de distanciarse tanto como fuera posible de este infame hermano de su padre lo que sugirió a Balzac la idea de hacerse pasar por noble e inventarse un origen distinto.

Bernard-François, el padre de Balzac, el mayor de los once hijos de un vulgarísimo trabajador del campo, fue destinado a la carrera eclesiástica. El párroco de la aldea le

enseñó a leer y a escribir y le dio algunas lecciones de latín, pero este joven lleno de vitalidad, vigoroso y ambicioso, se mostró poco propenso a someterse a la tonsura y al obligatorio voto de castidad. Permaneció en su aldea natal haraganeando todavía durante algún tiempo, en parte auxiliando como escribano en el despacho de un notario, en parte faenando en un viñedo y guiando por los surcos el arado del que tiraba la yunta, pero a los veinte años se marchó para no volver más. Con esa fuerza impulsiva, tenaz e invencible, que tienen los provincianos, y que el hijo describirá en sus novelas modulando las más grandiosas variantes, se introdujo en París al principio sin llamar la atención, casi con sigilo, igual que cualquiera de los innumerables jóvenes que llegaban a la capital con la aspiración de hacer carrera, sin saber siquiera de qué manera y en qué profesión. Que en el reinado de Luis XVI —conforme más adelante ya se afirma con grandeza provinciana y advenediza— llegara a ser secretario del *conseil du Roi* e incluso *avocat du roi*, hace mucho se descubrió que era simple gasconada que el viejo caballero gustaba de narrar, dado que en ninguno de los almanaques reales se hace mención de un Balzac ni de un Balssa que ocupara semejante cargo. Sólo más adelante elevó la Revolución a la cresta de su ola a este rústico proletario, como a tantos otros, y ejerció en el consejo municipal revolucionario de París un cargo, acerca del cual más adelante, siendo ya comisario del ejército, evitó hablar con la debida discreción. Al parecer, ese cargo le permitió trabar útiles relaciones, y con la codicia instintiva y el enraizado conocimiento de dónde se encuentra el dinero, que transmitirá a su hijo, durante la guerra hizo diligencias para conseguir un puesto al servicio del ejército justo allí donde mejor se ganaba dinero, por hallarse donde con más abundancia confluían beneficios e incentivos, esto es, en el departamento de víveres y abastecimiento de material bélico. Del comisariado de subsistencia de un ejército manan irrecusables y ventajosos hilos de oro que enlazan con las con-

tadurías de prestamistas y banqueros. Un día, al cabo de treinta años de secretos oficios y negocios oscuros, Bernard-François cambia una vez más de ocupación y surge como primer secretario de la casa de banca Daniel Doumerc, de París.

A los cincuenta años, el padre de Balzac logra por fin llevar a efecto la gran transformación (¡cuántas veces la narró su hijo!) que a la postre hizo de un don nadie inquieto y ambicioso, de un joven impecune, un ciudadano decente, miembro honrado, o cuando menos respetado, de la sociedad de buen tono. Solamente entonces, con algún capital adquirido y una posición afianzada, pudo dar el paso siguiente, el paso necesario para convertir a un pequeño burgués en un burgués de clase alta, con anterioridad a la tan ansiada consumación del proceso, erigiéndose en caballero capitalista de envidiadísima posición. Se casará, sí, pero con una muchacha de buena familia burguesa, de dinero. A los cincuenta y un años, rebosante de salud, elegante, y a más de esto hábil conversador y perito en reverencias y en conquistar corazones, fija sus miras en la hija de uno de sus superiores en el banco. Anne Charlotte Laure Sallambier era, en verdad, treinta y dos años más joven que él, y tenía inclinaciones un tanto románticas; ahora bien, siendo como era hija de burgués, bien educada y piadosa, se sometió obediente a la opinión de sus padres, quienes proclamaron que Balzac era un buen partido. Pese a ser mucho mayor que ella, su instinto financiero era digno de fiar, y éste había de ser, a ojos de sus futuros suegros, el factor decisivo.

Una vez casado, el padre de Balzac consideró que seguir siendo mero empleado no se compadecía con su dignidad, y que seguir trabajando por cuenta ajena le resultaba además muy poco lucrativo. Hallándose la fortuna nacional al cargo de un Napoleón, la guerra le pareció un medio de industria muchísimo más rápido y fructífero. Por esta razón recurrió de nuevo a sus antiguas relaciones y, con la cómoda garantía que representaba la dote de su mujer, se



trasladó a Tours, donde ejerció el cargo de jefe del servicio de abastecimientos de la 22.<sup>a</sup> división del ejército.

En esta época, en la cual nació su primer hijo, Honoré (20 de mayo de 1799), el matrimonio Balzac ya gozaba de prosperidad, y los dos cónyuges eran acogidos por la alta burguesía de Tours en calidad de ciudadanos respetables. Sus comisiones en el aprovisionamiento de víveres y pertrechos parece que proporcionaron buenos réditos a Bernard-François, pues la familia, que sin cesar y de manera simultánea ahorra y especulaba, en esta época empezó a hacer gala de grandes fastos. Inmediatamente después del nacimiento de Honoré, el matrimonio Balzac se mudó de la estrecha rue de l'Armée d'Italie a una casa propia; hasta 1814, mientras se prolongó la época áurea de las expediciones militares de Napoleón, los padres de Honoré se concedieron el lujo de disfrutar un palacete, un carruaje propio y numerosos criados. La mejor sociedad, e incluso la aristocracia, frecuentaba constantemente la residencia del hijo del modesto aldeano y exmiembro del consejo municipal revolucionario de París; la frecuentaban el senador Clément de Ris, cuyo rapto misterioso relatará minuciosamente Balzac más adelante en *Une ténébreuse affaire*, así como el barón de Pommereul y el señor de Margonne, que posteriormente prestó abrigo y auxilio al escritor en sus momentos más aciagos. Incluso para las actividades administrativas de la ciudad se recurría al padre de Balzac; se le confió la administración del hospital, y se acató su criterio en todas las decisiones. A pesar de su origen humilde y de su pasado enteramente oscuro, en aquella época de rápidos ascensos profesionales y de transformaciones radicales, el padre de Balzac se convirtió en un ciudadano irreprochable, que gozó del máximo respeto entre los notables de la ciudad.

Esta popularidad suya es comprensible en todos los sentidos. Es un hombre alegre, de sólida complexión, jovial, satisfecho de sí mismo, ufano de sus éxitos y contento

con el mundo entero. Aunque no se distinguía en su lenguaje por el acento aristocrático, aunque hablase con el descaro y los juramentos de un artillero, aunque no escatimara las anécdotas picantes —algunos de los *Contes drolatiques* de Balzac deben de haberle sido relatados por su padre—, era un magnífico narrador oral que, sin lugar a dudas, gustaba de mezclar la verdad con fanfarronadas; era bonachón, estaba de un constante buen humor, y era demasiado hábil para quemar sus naves en tiempos tan cambiantes optando de un modo irrevocable por emperador, rey o república. Pese a carecer de una sólida instrucción escolar, revelaba sin embargo considerable interés por todo cuanto le rodeaba, y, leyendo a derechas y a torcidas las materias más diversas, consiguió adquirir una suerte de cultura universal. Escribió incluso algunos panfletos, tales como *Mémoire sur le moyen de prévenir les vols et les assassinats* y *Mémoire sur le scandaleux désordre causé par les filles trompées et abandonnées*, obras que, naturalmente, podemos comparar con las de su gran hijo tanto o tan poco como el *Diario de Italia* del señor Goethe con el *Viaje por Italia* de su hijo, Johann Wolfgang.

Sanísimo y robusto, rebosante de un pletórico goce de vivir, estaba firmemente decidido a llegar a los cien años. Después de pasados los sesenta años aún añadió a sus cuatro hijos legítimos algunos otros ilegítimos, y a los ochenta aún le acusaron las malas lenguas de la pequeña ciudad de haber dejado encinta a una joven. Nunca traspasó ningún médico el umbral de su casa, y esta voluntad de sobrevivir a todos los demás estuvo incluso fortalecida por la circunstancia de poseer una renta anual y vitalicia en la llamada Tontine Lafarge, renta cuyas participaciones se incrementaban con la defunción de cada uno de los asociados a la mutua. La misma fuerza demoníaca que el hijo aplicaría a una miríada de modelaciones de la vida en un mundo de su propia creación es la que aplicó el padre exclusivamente a los medios de conservación de la suya propia.

Había arrebatado Bernard-François la palma a los demás partícipes, su renta ya ascendía a ocho mil francos, cuando a los ochenta y tres años sucumbió en un absurdo accidente. De no haber sido así, Bernard-François, exactamente igual que Honoré, habría convertido en realidad lo imposible, a golpe de concentración de su propia voluntad.

Si Honoré heredó de su padre la vitalidad y el gusto por conversar y contar historias, de su madre heredó la sensibilidad y el mundo de los sentimientos. Mucho más joven que su esposo y de ningún modo infeliz en su matrimonio, la madre de Honoré poseía la infortunada cualidad de sentirse desdichada en todo momento. Mientras el marido vivía alegre y despreocupado, dueño de un humor envidiable, que no perturbaban en absoluto las riñas ni las dolencias imaginarias de la mujer, Anne Charlotte Balzac representa con todo lujo de detalles, con todos los colores de la histeria, a esa clase de mujer enfadada y perpetuamente amargada. Nunca se sintió bastante querida, estimada ni apreciada por todos los miembros de su hogar; se quejaba sin cesar de que los hijos no le agradecieran en medida suficiente su sacrificio sublime; hasta el fin de su vida no dejará de atormentar a su hijo ya célebre con sus consejos «bienintencionados» y sus censuras plañideras. No obstante, no quiere decir esto que sea una mujer sin inteligencia y sin instrucción. Siendo compañera, de soltera, de la hija del banquero Doumerc, adquirió ciertas inclinaciones románticas, se entusiasmó en aquellos tiempos por las bellas letras y conservó la predilección por las publicaciones de Swedenborg y por otros escritos místicos.

Al cabo de poco tiempo, el ansia de dinero que había heredado pone coto a esos melifluos vuelos idealistas. Oriunda de una familia típica de la pequeña burguesía parisina, que con avaricia, con el comercio de quincallería y moneda a moneda fue llenando su bolsa, Anne Charlotte

llega al buen gobierno de su hogar con todo ese instinto anticuado y mezquino, propio de la baja burguesía, sobre todo una cicatería en el regateo y el afán de buscar a hurtadillas, con avidez, las buenas colocaciones para los ahorros y las especulaciones de mayor ventaja. Para Anne Charlotte, cuidar de los hijos equivale a enseñarles que gastar dinero es un crimen y ganarlo es la virtud de las virtudes; enseñarles que desde el principio han de aspirar a conseguir una «posición» segura —o bien, tratándose de las hijas, un buen casamiento—, y no concederles libertad, sino vigilarles férreamente. Precisamente con este cuidado importuno, con esta vigilancia, con este celo impertinente por su pretendida felicidad, a pesar de todas sus «buenas intenciones», ella enflaquece y merma la acción de la familia entera; muchos años después, Balzac, adulto desde hace tiempo, aún se acordará de que siendo niño se asustaba cada vez que oía la voz materna.

La medida de lo mucho que padeció Balzac bajo la influencia de la madre, siempre malhumorada y reprimida, que fríamente repelía cualquier tentativa de cariño por parte de sus hijos, impetuosos, vehementes y afables, se puede apreciar por el grito contenido en una de sus cartas: «Yo nunca tuve madre». Al cabo de tantos años, es prácticamente imposible inferir cuál fuese el misterioso motivo que instintivamente apartó a Anne Charlotte de sus dos primeros hijos, Honoré y Laure, y cuál fuese el responsable de que después se empeñara en tratar con celoso mimo a los dos últimos, Laurence y Henri. Tal vez se tratara de una reacción a la defensiva contra el marido, que hubiera transferido a los mayores. Es cierto, sin embargo, que prácticamente no cabe imaginar un procedimiento de mayor indiferencia y desafecto, en una madre y su hijo, que el de Anne Charlotte. En cuanto da a luz a su hijo, lo saca de su casa como a un leproso. Entrega el lactante a un ama de cría, a la mujer de un gendarme; la criatura permanece en el hogar de éste hasta cumplir los tres años. Ni siquiera enton-

ces se le permite reunirse con su padre, con su madre y con sus hermanos; no puede ir a la casa paterna, espaciosa y bien situada; le colocan a media pensión en casa de una familia extraña: sólo una vez por semana, el domingo, le está permitido visitar a sus deudos, como si fuesen parientes muy lejanos. No se le permite brincar con sus hermanos y no se le dan juguetes, ni se le hacen regalos. Honoré no conoce a esa madre que, cuando estamos enfermos, vela nuestro sueño junto a nuestra cama; nunca oye pronunciar a su madre una palabra cariñosa, y cuando se acerca a su regazo y desea abrazarla, una palabra áspera ahuyenta tal intimidad, que se considera inconveniente. En cuanto el hijo indeseado aprende a caminar, a la tierna edad de siete años lo envía a un internado de Vendôme; quiere tenerlo bien lejos, en otra ciudad. Cuando al cabo de siete años de disciplina casi insufrible para un niño Balzac vuelve al hogar paterno, ella le hace la vida tan difícil (*la vie si dure*, según las propias palabras del hijo), que a los dieciocho años éste se ve obligado a abandonar por su cuenta y riesgo aquel ambiente irrespirable.

A pesar de su natural bondad, Balzac, ya adulto, nunca pudo olvidar el repudio que había sufrido por parte de aquella madre extravagante. Muchísimo después, cuando ya con guedejas blancas, a los cuarenta y tres años, acoge en su propia casa a la causante de todos sus tormentos de infancia, no puede olvidar lo que por su aversión hizo ella al niño de seis años, al niño de diez años, al niño que necesitaba amor y, en una rebelión contra su propia impotencia, grita la señora von Hanska la terrible confesión:

Si supieras qué clase de mujer es mi madre... Es un mal bicho y, al mismo tiempo, una monstruosidad repugnante. Ahora, después de haber hecho perecer a mi pobre Laurence y a mi abuela, parece empeñada en llevar a mi hermana a la sepultura. Ya me odiaba antes de haber nacido. He estado a punto de romper con ella, era casi pura necesi-

dad. Pero prefiero seguir padeciendo. Esto es una llaga que no puede sanar. Supusimos que estaba loca y consultamos a un médico que desde hace treinta y tres años mantiene relaciones de amistad con ella. Sin embargo, el médico nos dijo: «¡Oh! No, no está loca. Únicamente es mala...». Mi madre es la causa de todo el mal en mi vida.

Estas palabras son la confesión amarga que al cabo de los años estalla a modo de respuesta ante las mil torturas secretas que sufrió en su edad más sensible, y justo por parte del ser que, según ley de la Naturaleza, debiera haber sido el más allegado a él, el más cariñoso con él, y que era la única culpable —según sus propias palabras— de «haber sufrido la más atroz infancia que jamás haya sido dada a un ser humano en la tierra».

De los seis años que Balzac pasa en la casa-prisión espiritual, en el internado de los frailes oratorianos, en Vendôme, poseemos dos clases de versiones: la más sobria y oficial, del registro escolar, y la más grandilocuente y poetizada de su *Louis Lambert*. Los oratorianos se limitan a consignar con frialdad:

N.º 460. Honoré Balzac, de ocho años y un mes. Tuvo la viruela sin consecuencias. Pletórico, se exalta con facilidad y le acomete fiebre alta. Entrada en el pensionado: 20 de junio de 1807. Salida: 22 de agosto de 1813. Las cartas tienen que ser remitidas a Tours, al señor Balzac, su padre.

En la memoria de sus condiscípulos Balzac había de ser siempre un «chico gordo de rostro mofletudo y colorado»; cuanto ellos puedan decir se refiere a su apariencia externa y a algunas anécdotas de dudosa autenticidad. Por ello, las páginas autobiográficas de *Louis Lambert* revelan de mane-

ra aún más conmovedora la trágica vida interior del niño genial y, por causa de su genialidad, doblemente torturado.

La forma que escogió Balzac para la presentación de sus años de adolescencia fue el retrato doble: se pinta a sí mismo en los dos amigos del colegio, en el poeta Louis Lambert y en el filósofo «Pitágoras»; de manera semejante a la del joven Goethe en las figuras de Fausto y Mefistófeles, efectúa un desdoblamiento de su personalidad. Distribuye entre dos seres diferentes las formas básicas de su genio, la creadora, que copiaba las figuras de la existencia, y la ordenadora, que aspiraba a mostrar las leyes secretas en las grandes relaciones de la existencia. En realidad, en ambas vertientes él mismo era Louis Lambert y, por lo menos, los acontecimientos exteriores de esta figura aparentemente imaginada fueron los suyos: de sus muchos reflejos en la ficción —Rafael en *La Peau de chagrin*, D'Arthez en *Les Illusions perdues*, el general Montereau en *L'Histoire des Treizes*—, ninguno se halla tan perfecta, ninguno tan sensiblemente asimilado a él como el muchacho que sufrió los reveses del niño repudiado y confiado a la disciplina espartana de aquel internado religioso.

Situado a orillas del pequeño río Loir, en plena Vendôme, este colegio de torres lúgubres, de muros gruesos, ya por fuera da más la impresión de un presidio que de un establecimiento dedicado a la enseñanza. Los alumnos, cuyo total asciende a dos o trescientos, desde el primer día se veían sometidos a una disciplina rigurosa como la de un convento; no había vacaciones, sólo excepcionalmente se permitía a los padres visitar a sus hijos. Balzac casi nunca fue a su casa durante aquellos años, y para acentuar con más fuerza la semejanza con su pasado, representa a Louis Lambert como un niño que no tiene padre ni madre: un huérfano. La pensión, que incluía no sólo los costes de la enseñanza, sino también de la alimentación y del vestuario, era relativamente exigua, y se ahorraba con cicatería en los gastos con los alumnos. Aquéllos a quienes sus padres no